

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXIX

Mayo de 1952

Núm. 323

Puntos de vista

La conciencia de un pueblo

A CASO en ningún momento de su vida civil, los hombres que viven en sociedad, necesitan en tan alto grado recurrir a los atributos de su espíritu, como en la oportunidad en que se ven precisados a elegir a sus gobernantes. La voluntad ciudadana debe estar sustentada en tales circunstancias, en normas de acendrada moral que le permitan discernir, con meridiana claridad, acerca de cuál es la fórmula que conviene al bienestar colectivo, para no dejarse impulsar por instancias personalistas que conducen irremediablemente a finalidades que jamás alcanzarán a concretar, con altura de miras, cuáles son los verdaderos intereses que deben defenderse y las superiores razones de bien público por las cuales se ha de luchar.

No hay duda de que es en estos movimientos de opinión cuando se puede auscultar con mayor precisión, las dimensiones morales de la conciencia de un pueblo que ambiciona su grandeza, con amplitud profunda y generosa, sin que para ello entren a obrar los cálculos aislados

de la propia conveniencia. Y es en estas ocasiones, también, cuando se puede apreciar el aporte que infunde a la colectividad el hecho de estar en posesión de una cultura, que le permita alzar la mirada en larga perspectiva, por encima del influjo de la pasión partidista, para ver con ojo certero las condiciones morales e intelectuales que deben poseer aquellos que aspiran a asumir las supremas directivas de una nación.

La defensa de la libertad es el don más precioso a que puede aspirar el hombre. No la libertad que se convierte en libertinaje por uso y abuso en el cual se confunde un supuesto antojadizo derecho, con aquel otro del hombre que posee un pensamiento cultivado por disciplinas que el arte y la ciencia confieren al espíritu. La libertad, dentro de las normas cívicas que un pueblo se avino a respetar, por medio de una Carta Constitucional, es acaso la parte más importante de esa conciencia colectiva y es una conquista que hay que defender a todo trance. Porque un país puede estar gobernado sin desmedro por un grupo de hombres eficientes, que cuente con el sustento de la mayoría de la opinión, sin que ello amague su dignidad ni sus aspiraciones más altas. La libertad de opinar en la vida ciudadana es sin duda una válvula que permite obtener el verdadero equilibrio y la paz espiritual como consecuencia de un proceso de armonía, que abra paso al progreso y al común bienestar.

Estas reflexiones, que no son nuevas, en absoluto, ni pretenden serlo, conviene hacerlas notar en estos momentos en que se desarrolla el proceso electoral que culminará con

la elección del nuevo Presidente de la República. Nuestra condición de chilenos, de hombres que experimentan el sincero deseo de que este proceso se desenvuelva en la forma más sensata, nos induce a pergeñar estas líneas en las cuales, además de nuestra buena intención, queremos invocar el apoyo de los chilenos que poseen una cultura superior, para que ellos con su influjo espiritual, con su ascendiente moral colaboren denodadamente sirviendo el laudable propósito de que ese proceso se realice dentro de un ambiente solidario y cordial, en el cual predomine un concepto esencial: que todo se haga mirando el bien de la Patria, de este Chile que en la trayectoria de su breve tradición histórica, ha tenido la suerte de que sus hijos más preclaros hayan contribuído con sus esfuerzos y con su inteligencia a que los más difíciles trances tengan siempre la mejor solución.

Porque una elección política no es cuestión de guerrilla, ni de barricadas en las cuales se defienden posiciones con feroz cerrazón, con intransigente proselitismo. El resultado de un proceso electoral debe ser el fiel reflejo de la conciencia de un pueblo. De un pueblo civilizado que tiene una responsabilidad histórica. Que no puede ser engañado con halagos ni falaces promesas, sino compenetrado de las ideas matrices que el futuro gobernante piensa poner en práctica para solucionar los problemas más hondos y vitales de su país.

Si tuviéramos que hacer una advertencia, recordaríamos a la ciudadanía que los partidos políticos chilenos se hallan lamentablemente disgregados y esto pone en evi-

dencia que no han primado en tales circunstancias los superiores influjos de una doctrina, sino las ambiciones personalistas que la desvirtuaron con rencillas del momento, y acuciados por situaciones que no pueden prevalecer frente a las ideas esenciales que dieron vida a una entidad política. Y ante el proceso de la elección presidencial, creemos que el alma de la ciudadanía debe estar orientada, firmemente, hacia la solución de los grandes problemas nacionales, muchos de los cuales no son de origen ni de solución puramente nacional, sino el reflejo de las grandes conmociones que experimenta el mundo. Un mundo ciego y sordo que prepara soluciones definitivas, a base de programas belicistas que sólo conducirán a la más espantosa hecatombe que haya presenciado la humanidad. Porque el predominio que se disputan dos doctrinas de gobierno, dos maneras de entender el problema humano, no se podrá resolver con guerras, sino con la buena voluntad de los hombres para llegar a soluciones de armonía.

Estos problemas exteriores tienen una enorme repercusión en nuestra vida económica en la sensibilidad social de las multitudes, que sin un razonamiento profundo, sin discriminar en el origen mismo de estos fenómenos, creen ingenuamente que está en la mano de un solo hombre resolver los conflictos, que atascan de continuo aquello que se llama el carro del Estado. Y este carro del Estado no puede salir de los baches en que suele caer, reiteradamente, sino con la voluntad ciudadana nacida de una conciencia libre y desprejuiciada.

Absurdo y loco desvarío, es el hecho lamentable de

que la ciudadanía se entregue irreflexivamente a la pasión proselitista, rebajando su dignidad con tumultos y rencillas callejeras, para defender al candidato de sus aficciones. Antes de entregarse a manifestaciones de tal naturaleza, debieran detenerse a meditar que Chile es un país de sólida arquitectura institucional. Y que es en las urnas en donde se manifestará su voluntad soberana, en que pese a los gritos y tumultos callejeros, se comprobará quién fué el candidato que reunió el mayor número de electores. Estamos ya lejos del choclón político, del cohecho inmoral y grosero, que manchaba la pureza de un acto en el cual se trataba de evidenciar la sincera intención republicana de la gente de un país, para elegir a sus gobernantes. . . .

Porque sólo de una convicción profunda, de un concepto cabal de lo que es el derecho y la honestidad ciudadana, puede surgir con todo su verdadero relieve la genuina expresión de la conciencia de un pueblo. Esperamos que así sea. Y que el espíritu de la ciudadanía se mantenga alerta en esta próxima contienda eleccionaria, a fin de que los sanos propósitos que su voluntad alberga, no sean desvirtuados.

Es lo que le corresponde a un pueblo culto. A un pueblo sufrido y heroico, como es el de Chile, respetuoso de su tradición y de la fe en su destino.